No vaya usted a pelo...

... Cincuenta mil obreros sombrereros parados, doscientas mil familias que vivían de la industria del sombrero, sumidas en la miseria... He aquí las consecuencias, lector, de que usted vaya a pelo. Vea en esta fotografía la cola de los parados en las oficinas del Instituto pro Obreros sin trabajo, de Barcelona.

...Piense que en este momento hay en España 50.000 obreros sombrereros en paro forzoso

PROFUSAMENTE se esparció hace días por las calles de Barcelona un manifiesto conmovedor, firmado por varios obreros parados del ramo de sombrerería. El manifiesto iba dirigido "a los compañeros y camaradas de todas las ideas políticas", pero sobre todo a aquellos que han abogado, de una manera entusiasta, por el "sinsombrerismo".

"Los que tienen el sentimiento de dirigiros el presente escrito—comienza el manifiesto—lo hacen con la seguridad de que será bien acogida su súplica y mejor interpretada su demanda, que, sin elocuencia, pero sí con todo el sentimiento de sus corazones, van a exponer:

"Desde hace tres años, debido a ciertas campañas, viene acentuándose la costumbre de ir sin nada en la cabeza, costumbre que el primer año causó una baja en la fabricación del sombrero de paja de un veinte por ciento, siendo, por consiguiente, despedidos un cinco por ciento de operarios; en el segundo año, dicho artículo disminuyó en un cincuenta por ciento, y en la fabricación de gorras un veinticinco por ciento, siendo el despido de obreros del doce al quince por ciento. Pero hemos entrado en el tercer año, y éste ha sido el desideratum, pues ha sobrepasado del setenta y cinco por ciento en la fabricación del sombrero de paja, un cuarenta por ciento en la de gorras y de un veinte por ciento en la de sombreros de fieltro, habiéndose originado con ello el cierre de muchas fábricas de gorras, varias de sombreros de fieltro y casi la totalidad de las de sombreros de paja, y, como es lógico suponer, el despido de los pocos obreros que quedaban."

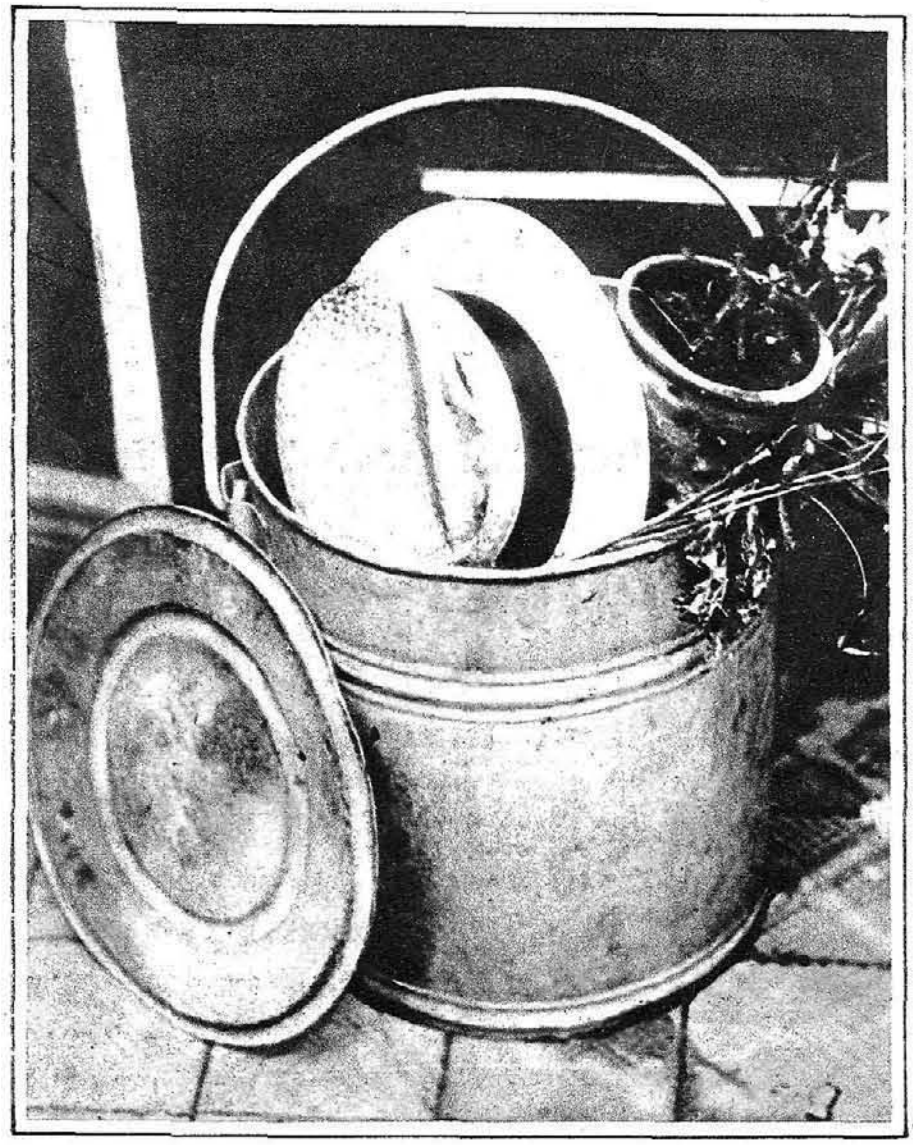
Y añaden:

"Las contadas fábricas que en la actualidad quedan, ante la incertidumbre del resurgimiento de la decaída industria, no abren sus talleres, debido a no tener demanda. Esta situación ha ocasionado el despido de los miles de obreros que teníamos el pan asegurado, a cambio, desde luego, de nuestro trabajo.

"Pasamos de cincuenta mil los obreros que en los tres ramos expuestos nos encontramos en paro forzoso—gritan—. Los pocos que quedan, aun trabajando, de seguir por el camino emprendido, no tardarán en venir a engrosar nuestras filas de hambrientos."

Y vea lo que dice un manifiesto repartido recientemente en Madrid:

"Existen en España, aproximadamente, doscientas mil familias que viven de la industria del sombrero que a pasos agigantados van sumiéndose en la miseria.



Este es el destino que el «sinsombrerismo» ha dado a una prenda cuyo desuso supone la ruina de una importantísima industria española.

© Biblioteca Nacional de España

"En su caída arrastran también una porción considerable de industrias anexas muy importantes, como son las fábricas de cintería, exclusiva para sombreros: dos en Sevilla, dos en Barcelona, una en Gavá y otras dos en Alcoy; fábricas de badanas, otras de forrería, de cajas de cartón para embalajes y muchas de primeras materias, como las cortadurías de pelo de conejo y liebre, las cuales ocupan a varios miles de obreros e infinidad de modestos comerciantes que se dedican a la compra y venta de pieles.

"Con un pequeño sacrificio por su parte, puede evitar que esas doscientas mil familias de españoles caigan en la indigencia. Use y recomiende el uso del sombrero..."

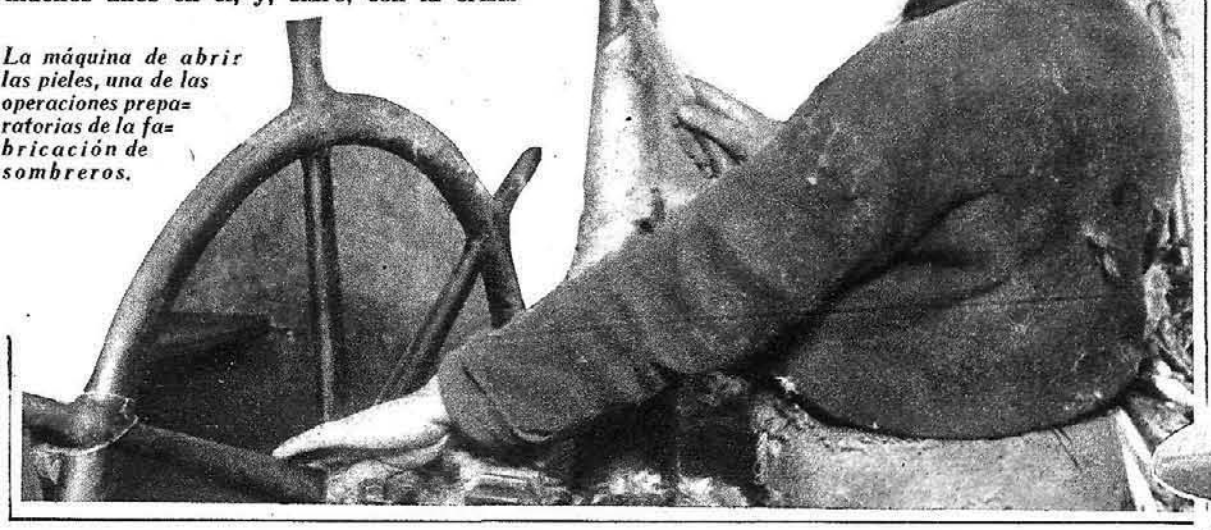
NOVENTA FÁBRICAS DE SOMBREROS, QUE PRODUCÍAN ANUALMENTE OCHENTA Y DOS MILLONES DE PESETAS

—¡Cincuenta mil obreros sombrereros en paro forzoso! Esto, señor, es una cifra verdaderamente alarmante.

—¿Cuántas fábricas de sombreros hay entonces en España?—hemos preguntado a don Ricardo Graells, presidente de la Agrupación de Fabricantes de Sombreros.

—Había unas noventa fábricas, incluyendo las de sombreros de paja, establecidas en Madrid, Barcelona, Valencia, Alicante, Sevilla, Aragón y Galicia. La mayoría de los obreros de este oficio, en general, llevan muchos años en él, y, claro, con la crisis que actualmente se deja sentir en nuestra industria, se les hace muy difícil encontrar ocupación en otros ramos.

En los comercios se aglomeran las existencias. Pilas enormes de sombreros de fieltro, de paja, de chisteras... ¿No cree usted que alguno le sentaría bien?



La máquina de abrir las pieles, una de las operaciones preparatorias de la fabricación de sombreros.

—Y el valor de la producción anual, hasta ahora, ¿a cuánto ascendía?

—En el sombrero de fieltro, sombreros duros, gorras, etc., a unos sesenta y ocho millones de pesetas, y en el de sombreros de paja, de doce a catorce millones. Conviene tener en cuenta que las industrias proveedoras de materiales empleados en la fabricación de sombreros, tales como curtidos de pieles, hilos para coser, colas para apresto, cintas de seda, badanas y forros de seda, existían hace unos años alrededor de veinte, que empleaban, como es natural, buen número de obreros; en la actualidad existen dos o tres solamente. Las campañas hechas contra los sombreros—se lamenta el señor Graells—ha perjudicado mucho, mucho esta industria, en otros tiempos floreciente. Son unos malos patriotas...

—¡Hombre, no creo que sea para tanto! Porque, en ese caso, los que comenzaron a declarar la guerra al miriñaque...

—No es lo mismo. Piense usted que el sombrero español se exportaba a casi todo el mundo.

El entallado del sombrero.

Así se da forma a la copa del sombrero.

LA ESTIRPE DEL SOMBRERO ES NETAMENTE CASTELLANA

Según referencias que merecen entero crédito, la industria sombrerera en España tiene un abolengo de más de ocho siglos, y, ¡ahí es nada!, es de estirpe netamente castellana. Los primeros sombreros se fabricaron en Segovia ya en 1109. En 1500 pasaban de ochenta las tiendas y maestros que laboraban y surtían, no sólo a España y Portugal, sino al Nuevo Mundo, que se descubrió pocos años antes por Cristóbal Colón. Entre los géneros que llevaron a aquellas remotas partes del globo nuestros segovianos, fué uno el sombrero.

El período de decadencia de la fabricación

© Biblioteca Nacional de España

El rey Jorge de Inglaterra se tocaba hasta hace poco con una especie de «ocho reflejos» cuando iba a caballo. Ahora usa casi siempre la bimba. (Fotos Marina y Badosa.)

sombrerera de Segovia se inició, al parecer, hacia el 1600, debido a una peste espantosa en que Segovia perdió más de doce mil ciudadanos. Y en 1700 sólo quedaban dos fabriquitas, que producían anualmente ochocientos cincuenta y cinco sombreros.

La industria pasó luego a otras regiones, siendo los salmantinos los más diligentes.

En Salamanca, el Gremio de Sombrereros tenía reglamentado su oficio por unas ordenanzas libradas en 1572. Fueron también importantes las fábricas de Ciudad Rodrigo y Peñaranda. Entonces se creó en Salamanca la famosa "gorrilla" para los charros, "gorrillas de la Puerta de Zamora" para las mujeres, y "chicarros", para niños; sombreros que se hacían a peso, y los había que llegaban a diez onzas.

Algún viejo charro del campo, amante de la tradición, todavía va a la capital a comprar cuatro gorrillas de una vez, para toda la vida..., por si dejan de fabricarse. ¡Ingenuas gorrillas con adornos en el forro, generalmente un cromo con una figura de mujer o un torero, iluminados con muchos colores, y en el centro, un espejo, para que en él se vea la novia! No dejó Madrid de tomar parte en la hegemonía sombrerera. Un tal Diego Paz estableció en 1680 una fábrica de sombreros finos, de tan buena calidad que Carlos II no quería otros, pero no así sus vasallos, que preferían lucir sombreros del Extranjero, por cuya razón don Diego dejó de hacer sombreros finos.

SOBRE EL SOMBRERO DE COPA Y DE LA BIMBA ABRE SUS ALAS JACTANCIOSAS EL ROMÁNTICO CHAMBERGO

Y ahora, señores... Ahora en el Mundo imperan, cada día más, las modas y las modas de la civilización anglosajona. Es posible que en el Mundo en general así suceda; pero hay que convenir que en el mundillo de los sombreros la influencia latina resulta invencible.

Los ingleses fueron, hasta hace poco, partidarios de los sombreros duros. En cuanto un inglés comenzaba a ser personaje se consideraba en la obligación de usar sombrero de felpa, de esos en forma de torreón. El bombín—la bimba—constituía el sombrero familiar.

Fuimos nosotros los meridionales los que reaccionamos contra el sombrero duro. Ese sombrero rígido de ningún modo podía ser agradable.

—La Guerra, que todo lo transformó—comenta el señor Graells—, también intervino en esta cuestión de los sombreros. Por su acción democratizante hizo agonizar, junto con el frac, el sombrero de copa y la bimba.

—Unos años más tarde—apuntamos—el *charlestón* les dió la muerte definitivamente.

Y lo importante y divertido es que no se trata de un fenómeno industrial. Se relaciona sólo con el consumo. La gente que aún compra sombreros no los quiere duros. El que más y el que menos aspira a hacerse una cabeza; a tener su cabeza. Esta vanidad de las tierras del Mediodía necesita un chambergo.

Para el inglés, la elegancia se resume en el famoso apotegma de Brummel: "Vestíase tan correctamente que nadie sabe cómo se vestía". En cambio, la elegancia en el español es algo muy personal, algo que debe destacarnos. Si todos usáramos bimba, todos seríamos iguales. La bimba es como el coronamiento de un uniforme.

Verdaderamente, el imperio del sombrero de grandes alas comienza con el auge del cinematógrafo. Entonces aparecían los sombreros de los charros mejicanos y los de los *cow-boys* del Far West. Esos sombreros de vastas alas donairosas y presumidas inundaron Europa sobre las cabezas de los soldados norteamericanos, y las europeas admiraban a los mancebos rubios que se cubrían con los sombreros de los jinetes y de los boyeros de las tierras de Anahuac.

El príncipe de Gales, árbitro de la elegancia inglesa, usa cada temporada una moda distinta de sombrero, desde un día en que una comisión de obreros sombrereros en paro forzoso le visitó para rogarle que renunciara a la moda de ir a pelo.

Guillermo de Hohenzollern, ex emperador de Alemania, usa mucho el fieltro, y en su destierro de rico burgués suele llevar el chambergo bulevardero.

—Por cada bimba que vendo—me declara un sombrerero barcelonés—despacho cincuenta fieltros y unos cuantos chambergos de alas recortadas.

De esta conversación se deduce que no se trata de economía, sino de moda. Hasta hace poco, Jorge V, rey de Gran Bretaña e Irlanda y emperador de la India, se tocaba con una especie de "ocho reflejos" cuando realizaba sus paseos a caballo. Claro que el rey Jorge no ha sido nunca, como su padre, el árbitro de la elegancia. Esta manía, en cambio, la tiene el príncipe de Gales. El impuso en Londres, durante una temporada, la costumbre de ir en pelo. Desde ese momento comenzaron a cerrarse en Inglaterra, una tras otra, las fábricas de sombreros. Un día se formó en Londres una manifestación de obreros sombrereros en paro forzoso, de la que se destacó una comisión para entrevistarse con el príncipe de Gales, a quien los obreros dieron cuenta de su situación. Desde aquel día, el heredero de Jorge V impone a los elegantes cada temporada una moda de sombrero flexible.

Guillermo de Hohenzollern, ex emperador de Alemania, lleva en su destierro chambergo bulevardero.

Entre nosotros, el chambergo es conciliable con austeras funciones públicas y hasta con la política. Y en Barcelona tiene tradición ilustre. Ignacio Iglesias y Santiago Rusiñol contribuyeron a su consagración. Y en nuestros días, varios personajes catalanes lucen por las ramblas el chambergo con la arrogancia de mosqueteros.

José D. BENAVIDES

© Biblioteca Nacional de España